

## Petristas y uribistas

CATALINA URIBE



LOS RESULTADOS TAN DISÍMILES DE las recientes encuestas presidenciales causaron conmoción y desconcierto entre muchos. Para algunos fue extraño ver que según una firma encuestadora ganará Petro; según otra, Fajardo, y en otras lidera el voto en blanco. Pero estos resultados no son raros si se tiene en cuenta la insignificante distancia porcentual entre un candidato y otro, el tiempo que falta para las elecciones y las alianzas políticas por definir.

Hay además otro factor que debemos recordar pues seguirá influyendo futuras encuestas: la falta de identidad partidista. Los colombianos, más que afiliarse a un partido político, votan por candidatos. No en vano llevamos varios años experimentando la creación de nuevos partidos con la única intención de promover un personaje y no un conjunto de valores.

Tan inestables serán los partidos, que sus nombres comienzan a relegarse. Hablamos ahora de petristas y uribistas, los dos grupos de votantes más fieles a sus candidatos. Lo interesante es que estos personajes con proyectos de país tan disímiles son los que más se asemejan. Ambos tienen la imagen de grandes hombres traicionados o maltrata-

dos por el establecimiento, que son sin embargo capaces de liberar a los colombianos de sus males y ofrecerles por fin nuevos escenarios. Y, pues bien, si a la promesa se junta el deseo del milagro, resultamos con una cantidad de creyentes.

Muchos ven las encuestas como un mecanismo de influir en los votantes pues nadie quiere "perder su voto". Pero no hay que olvidar que los petristas y uribistas hace mucho definieron su mente. Es extraño cómo, por mucho que hablemos de razón, lo que nos mueve es la imaginación y el deseo. Pero lo cierto es que no vamos a salir de pobres, ni vamos a superar la violencia de la noche a la mañana. Ese trabajo se hace poco a poco, y dentro del respeto por las instituciones.

## Impunidad

JOSÉ FERNANDO ISAZA



IBA A TITULAR ESTA COLUMNA "Justicia", pero se me atravesó otro título, "Impunidad". Parece que esas dos palabras son sinónimos o evocan la misma idea, hoy la palabra corrupción engloba ambos conceptos.

Aun durante la dictadura de Rojas Piniña, la Corte Suprema tuvo un halo de majestad. El destape de la corrupción en las altas cortes, bien llamada el cartel de la toga, ha superado lo imaginable; los más altos jerarcas de la rama judicial envueltos en el tráfico de sentencias y de selección de tuteladas, disponiendo de la libertad, de la impunidad o de los dineros de acuerdo con la coima recibida, obrando como delincuentes de la más baja calaña. ¿Por qué sorprendernos si, por ejemplo, un juez de circuito adecúa una sentencia no con base en la ley, la jurisprudencia o la Constitución, sino modulada en función del dinero sucio con que se compra su conciencia? Pensaría: si nuestros superiores fijaron una tarifa de \$2.000 millones por sentencia, podemos sentirnos autorizados para acordar un emolumento acorde con nuestra posición y la capacidad económica de los procesados.

El juez de circuito corre un mayor riesgo que los jerarcas de las altas cortes, puede ser descubierto, procesado y aun condenado. Los magistrados de las cortes gozan de un fuero especial que les garantiza casi completamente la impunidad. El tortuoso paso por la Comisión de Acusación, institución que ha demostrado hasta la saciedad su inoperancia, les permite eludir la sanción penal por los delitos cometidos. Indigna ver la sonrisa cínica de los acusados, saben que no serán procesados, sólo uno ha sido detenido, cometió algunos delitos cuando ya no era magistrado. Mensaje: delincan mientras estén protegidos por el fuero.

No todos los magistrados son corruptos, la gran mayoría, es de esperarse, mantienen la dignidad que impone representar los más elevados niveles de la justicia. Sin embargo, esta mayoría rechazó la posibilidad de ser juzgados por tribunales más confiables, imparciales y operativos.

No pueden eludir los magistrados la responsabilidad que les compete al haber rechazado, una vez más, la reforma constitucional que modificaba el actual sistema de juzgamiento, proclive a la impunidad.

La última encuesta de Invamer muestra que 29,8% de los ciudadanos consideran que la corrupción, el crecimiento de la delincuencia común y de las bandas criminales son su principal preocupación. Estos tres aspectos tienen relación con la justicia. Si la corrupción esta incrustada en los más altos niveles, el mensaje que se da a la delincuencia es claro: si no les pasa nada a los delincuentes que dirigen la tercera rama del poder, no hay motivo de preocupación para los delincuentes de menor jerarquía.

La prioridad que da la opinión pública a los problemas inherentes a la no aplicación de la justicia supera en mucho a los referentes a la implementación de los acuerdos de paz. Parece que da por sentado que con la desmovilización y entrega de las armas por las Farc la paz está asegurada, esto es una buena noticia.

Si se quiere avanzar en la reducción de la impunidad, se requieren también nuevos códigos penales, ojalá no solamente redactados por los abogados penalistas. Parece que para mantener su lucrativo oficio crean unas normas que les garantizan a sus clientes que su patrimonio, por el pago de honorarios, se verá reducido, pero tendrán la impunidad.

## Osuna



Debut de plaza pública

## Culturas de bosque urbano

BRIGITTE LG BAPTISTE



LOS ÁRBOLES DE LA CIUDAD SON compañeros de vida y un referente del verde planetario que añoramos. Son parte de nuestro mundo emocional, mucho más determinante que el ecológico, lo que hace que cortarlos, por la razón que sea, nos duela. Su presencia nos recuerda la lentitud con la que la vida crece, nuestras propias edades: ninguna presencia más apropiada que el árbol para cualquier fábula pedagógica. Pese a ello, las urgencias de la infraestructura obligan a menudo a cortar árboles y casi nunca a replantarlos en el mismo vecindario: cambiar el paisaje de nuestra cotidianidad implica probablemente perder cosas que no podemos recuperar, así se siembran bosques a nuestro nombre en un lugar distante.

Sucede con el bosque de Bavaria en Bogotá (talado inútilmente), con la reserva de Río Blanco en Manizales, con los cujjes de Cúcuta o Santa Marta, los mangos

de Valledupar, Villavicencio o de Carreño, los samanes de Cali. Importa más su edad que su origen, su apariencia que su funcionalidad ambiental: los árboles son mascotas de los ciudadanos y en medio del deterioro de la calidad del aire, de los problemas de movilidad, de las olas de calor, queremos conservarlos como símbolos de resistencia ante los anónimos adalides de un desarrollo que nos crea sentimientos encontrados. El bosque de cemento es duro y celebra la administración de cierto bienestar controlado, la masificación de los servicios que requieren millones, pero que cuestiona el sacrificio de humanidad que exige: no hay lugar más adecuado para entender nuestra biofilia que la ciudad en transformación.

Hay que celebrar cuando los planes de desarrollo de una alcaldía invierten en metas de arbolado urbano, más aún si tienen bases ecológicas donde el bosque de la ciudad, planificado y diseñado, resulta en un hábitat para que los humanos recuperemos algo de nuestra conexión vital con el resto de seres. Viva Medellín por sus 30 corredores verdes, Girardota con sus 100.000 árboles y muchas otras urbes que saben que entre sombra y prado la infiltración del agua en el subsuelo mejora

los drenajes, se absorbe el ruido, se retienen contaminantes, se hace amable la vida y la salud mental lo refleja: incluso disminuye la violencia. No todos los bosques replican las amenazas del atracador o el puma ocultos en la penumbra, pues es el diseño de los ecosistemas urbanos lo que define su funcionalidad, la cual abarca también la construcción de culturas del bosque urbano. Decía el procurador Carrillo en el lanzamiento del Pacto por el Aire de Medellín que ciertos derechos son inviolables, no solo inviolables.

Buen urbanismo es el que va más allá de tener matas en las avenidas, reducir el verde a palmeras economizadoras de espacio o condenar árboles a muerte lenta en los andenes: es el que permite retener lo mejor de la historia en la infraestructura verde de nuestro entorno y expandirla tanto como se pueda para volver a vivir en un bosque sin sacrificar el bienestar de la civilización, aquella que nos ratifica que podemos ser felices contando hormigas, enamorando gente, durmiendo bajo una sombra. Si no es por eso, no se entiende por qué hay gente dispuesta a pagar miles de millones por una casa que queda lejísimos de todo, en un condominio que vende pasto por naturaleza.